



# Manolo, un inmigrante NIÑERO SOBRE CUATRO RUEDAS

María Fernandā Mujica R.

Caracas, es una ciudad de contrastes. Por un lado, la capital moderna que arrasa con el recuerdo, con la tradición, con lo humano, y aquella otra que lucha por sobrevivir. Los que amamos a esta urbe, buscamos en todo momento y en todo lugar los personajes y parajes que deben ser conservados para no convertirnos solamente en concreto, locura y afán de lucro.

Casi asombroso es que aún exista una carreta o quitrín, conducida por un inmigrante gallego llamado Manolo Novoa Labora, que pasea a los niños de "San Bernardino" desde hace treinta largos años.

— "A comienzos de 1955, llegué a Venezuela con mi mujer en la búsqueda de otra vida, de la aventura. En nuestro pueblo, Beade de Rivadavia, dejamos a nuestro primer hijo. Al principio, mi esposa trabajó en casas de familia, y yo en la construcción, con pico y pala. Me quedé sin trabajo, y un paisano que tenía la carreta me la vendió con el primer caballito por Bs. 2.500. Yo tenía expe-

riencia, pues en nuestra aldea manejaba una yunta de bueyes; pero a los caballos le tenía un poco de miedo. Para convencer a "Furia" de que trabajara los domingos en la tarde, fue mucho el pan con azúcar que le di".

## NIÑERO SOBRE RUEDAS

— "En los años sesenta, había muchas mamás que me dejaban a los pequeños todas las mañanas, mientras ellas hacían los oficios del hogar y otras se iban a trabajar. Yo les daba el tetero, y muchos se hacían pipí sobre la carreta. Les daba vueltas y vueltas por dos bolívares. Hoy el recorrido cuesta Bs. 10. Ahora paseo a muchos hijos de padres que monté por la Quinta Anaúco, pero las circunstancias han cambiado..."

— ¿Por qué?

— "Cuando yo arribé a este país, había respeto. Yo llegué a dormir sobre un banco en La Candelaria y nadie se

metía con nadie! Hasta en los niños se ve la diferencia, los de antes eran menos espabilados, será la televisión, usted sabe de eso, ¿no?

Pero aún así, no hay país como éste. En esta tierra se puede cosechar de todo y cuando llegamos aquí, con poco se comía y con un simple pantalón y camisa se tenía. El clima ayuda. Pero ahora, ¡uno no es dueño ni de su perro! La sanidad me mató a cuatro de los ocho que tenía. Me quedan 'Duque', 'Pinta', 'Ron' y 'Fina', todos eran realengos de la zona".

## UNA RESPONSABILIDAD DE TRABAJO

— "Hay gente que me aprecia y que me confía sus hijos. Llego a meter hasta treinta en la carreta. Muchas veces los



regaño, pues son tremendos, y es mucha la responsabilidad, pero me gusta mi trabajo”.

Manolo hasta les ofrece merienda a los chiquitines que pasea. Cuando los helados valían una locha, a todos les daba. Luego, los cambió por caramelos, de a Bs. 1 las dos docenas, y ahora les compra dos bolsitas de “chiguí” para que lo compartan.

— “Algunos traen dinero; entonces yo me estaciono en el puestico del ‘abuelo’, debajo de la ‘Crema Paraíso’, donde los niños no corren peligro, y ellos mismos se compran ‘las chucherías’. Así como hay muchos que me quieren, otros desean que me quiten la licencia, que si estorbo el tránsito con ‘Caramelo’; pero es que soy muy formal y no hago correr al caballito. Hasta el año setenta hubo tres carretas en Caracas; sólo queda la mía. Parece que en Petare un muchacho se entusiasma con la idea.

Una vez, hasta ‘Caribe’, uno de los tres caballos que he tenido me metió en un lío. Se escapó y se metió en los jardines del Hotel Avila. Me citaron a la Jefatura y, como yo le paseaba a los niños al Jefe Civil, me soltaron de inmediato.

Pero en fin, como soy famoso, hay quien me estima, quien me desprecia, y hasta quienes me calumnian. Hay gente muy mal pensada. Mi hija, que es psicóloga, a veces me dice que deje la carreta, pero aún hay que trabajar”.

### DOBLE JORNADA

Manolo no es el inmigrante que se nacionalizó, que hizo riquezas; por el contrario, es el hombre que lucha para ganar y vivir.

Trabaja de noche en el Departamento de Seguridad del Banco Exterior de La Candelaria. Tiene un horario de 11 p.m. a 7 a.m., duerme desde las 7.30 de la mañana hasta el mediodía. Entre la una y una y media de la tarde, se va a darle de comer a los animales al terreno de los Scouts de Venezuela, y, como a las 3 p.m., parte con la carreta, a pasear a los niños hasta las seis.

El trabajo de guardián le conviene, porque tiene la caja de ahorros, póliza de seguro, cuatro meses de utilidades, becas para los hijos, todo amparado bajo un contrato colectivo.

Le molesta y duele que los muchachos del barrio le roben la comida de “Caramelo”, le suelten las cadenas que sujetan a la carreta. “Y eso que a veces les doy la colita”.

A Manolo le parece un desastre lo que sucede en Venezuela. Se queja y reclama, pues considera que el no poder hacerlo sólo pasaría en las tiranías.

### EL PRODUCTO

— “Mi carreta es como un carro libre. Hay días en que puedo sacar hasta trescientos bolívares diarios, como hay otros, como cuando hay mal tiempo, que no gano un centavo. Entonces, el quintrín lo alquilo para piñatas, bodas, cumpleaños, etc.

Por trasladar un cortejo de un matrimonio, cobro hasta Bs. 3.000, siempre que me paguen el traslado del caballo y la carreta hasta el lugar. ‘Caramelo’ ha ido al Country Club, La Lagunita, el Valle Arriba.

También, trabajamos para el cine, la publicidad y la televisión. En los cuentos de Rómulo Gallegos aparecieron ‘Caramelo’ y la carreta. Cobré entre Bs. 600 a mil por día. Por último, alquilé al caballo y sus aperos para la filmación de una cuña de aceite”.

Manolo sabe que su carreta es única, en una ciudad donde los automóviles son los reyes y no, injustamente, los niños. Por lo tanto, desearía pasearlos en un parque amplio donde los pequeños no corrieran peligro. No se le permitió entrar más a Los Caobos, si no pagaba. Solo falta que lo permita alguien que además de poder tenga buenas ideas.

